La Espada y el Sol

Brand Kington

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo: La Fugitiva

Corría sin parar. La lluvia caía del cielo sin descanso, formando charcos que dificultaban aún más su carrera. No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, pero los oídos comenzaron a taponárseles y en el costado sentía un pinchazo de dolor agudo, que bien podría ser un cuchillo traspasando la carne. Irethia galopaba lo más deprisa que sus pies le permitían. Sus zancadas eran torpes. Más de una vez estuvo a punto de perder el equilibrio en un charco, algo que sería fatal para su huida. Llevaba una manta que hacía de capucha y capa corta a la vez. Los que eran como ella debían ocultarse si querían vivir en un lugar como este, aunque lo más normal era que ni se acercaran.

Irethia jadeaba, consumida por el cansancio. Tenía que encontrar refugio antes de que se percataran de que no estaba en su habitación, y mandaran una partida de exploradores en su busca. Había traspasado las puertas de la Eterna ciudad de Rodrian, lo que le habría resultado imposible días atrás. Rodrian era la capital más poderosa de los humanos. El bastión más grande y poderoso, protegido por unas murallas milenarias que jamás habían cedido al invasor, y defendido por el ejército más poderoso que los hijos de Iun habían reunido nunca.

El camino de tierra se había transformado en uno fangoso. Sus pies se quedaban pegados en el suelo.

—«No lo voy a lograr»—pensaba. La oscuridad comenzaba a extenderse por todas partes. Los pocos letreros que encontraba junto al sendero apenas se veían. Tendría que ir más rápido para llegar a algún sitio antes de que no viera nada. Los exploradores de Rodrian tendrían lámparas y perros para rastrearla, ella solo tenía sus ojos. Las sencillas sandalias que llevaba la ralentizaban, por lo que optó por dejarlas atrás y continuar con los pies desnudos y desprotegidos.

El miedo la empujaba a seguir. Toda una vida de cautiverio era el infierno que había sufrido durante 20 años. No estaba dispuesta a volver a esa pesadilla. Sus educadores y criadas nunca cometían un descuido. Jamás se dejaban la puerta abierta, ésta siempre se encontraba cerrada con llave. La única ventana de la habitación, siempre tenía un cerrojo que el personal cuidaba de comprobar antes de terminar su trabajo. Esta ventana, solo se abría cuando Irethia estaba acompañada Y esto se debe a que la habitación de la joven no se encontraba en la torre más alta de Rodrian. Eso solo ocurre en las antiguas leyendas de princesas atrapadas, que viven a la espera de un salvador que venga a lomos de un corcel. La

habitación de Irethia no se encontraba a una altura excesiva.

Las torres altas de las historias no eran prácticas para el personal que atendía y ocultaba a la joven. Mayordomos, criadas y personal de limpieza debían acudir continuamente, por lo que el número de escaleras no debía ser desorbitado. La altura de algo menos de un piso de la habitación de Irethia respecto al suelo, fue lo que utilizó la joven para escapar.

Mirtelia era una mujer madura. Casi contaba con el medio siglo y era la encargada de atender a Irethia en aquella lluviosa noche. La rutina rodaba como solía hacerlo. Irethia había terminado su hora de lectura, y Mirtelia acudía a comprobar que se hubiera aseado en la parte destinada a ello que adecuaron para la reclusa. La criada no sabía leer ni escribir, aunque la joven siempre le contaba que decía el libro que estaba leyendo en ese momento, y a Mirtelia le gustaba escucharla.

Libros. ¡Cómo le gustaban los libros! Cada libro que caía en sus manos era una ventana extra que añadía a su habitación. Devoraba con ansías todos los volúmenes que podía. Los que más disfrutaba eran las novelas y leyendas. También se obligaba a estudiar algunos para conocer el mundo exterior; Historia, Filosofía, Política…

A los pocos minutos, un mayordomo subió las escaleras a toda prisa, para informar a la criada de que su padre estaba agonizando. El señor Rutl había sido el mayordomo jefe durante muchos años, hasta que la edad lo apartó de su profesión. Irethia lo conocía de toda la vida y sintió una gran tristeza cuando escuchó que se estaba muriendo, pero sobre todo, porque sabía que no le permitirían visitarlo en su lecho de muerte. Mirtelia sollozó, exclamó una plegaria a Iun, y salió de la habitación conteniendo las lágrimas. Irethia se dirigió a su cama, también apenada por el sufrimiento de la mujer. Pese a que el servicio era cómplice de su cautiverio, solo cumplían las órdenes de su padre. Y su padre era un hombre poderoso. Muy poderoso. Irethia quería a las únicas personas que veía día tras día. Reconocía, por las conversaciones que mantenían con ella, quien era buena persona y quién no, y personas como Mirtelia, se habían ganado un hueco en su corazón.

Justo cuando iba a dejarse caer en el colchón, observó que el cerrojo de su ventana estaba abierto. Mirtelia, distraída por el dolor, había olvidado completamente el deber fundamental de su servicio: mantener a Irethia encerrada. El corazón le comenzó a latir con fuerza, ya que nunca antes había estado a solas con la ventana o la puerta sin cerrar. Fuera la lluvia golpeaba el suelo violentamente. Los soldados que estaban apostados en la parte inferior de la ventana, junto a la puerta, bromeaban sobre la meteorología y señalaban la puerta del arsenal militar que estaba a la derecha del castillo. Irethia observó la armadura que llevaban. Eran las protecciones medias del ejército, e iban armados con espadas en lugar de lanzas. La joven recordó las enseñanzas sobre el ejército Rodriano por

parte de algunas de sus lecturas: Los guardianes rodrianos llevaban un yelmo con un ala a cada lado, portaban lanzas y grandes escudos con los motivos de Rodrian, la espada clavada en el suelo y un sol detrás. Estos dos soldados solo llevaban una espada al cinto y un yelmo ordinario, por lo que no eran guardianes auténticos, sino novatos que hacían la guardia a veteranos durante una noche fría y lluviosa.Los indisciplinados jóvenes corrieron hacia el arsenal, protegiéndose de la fuerte lluvia allí. Desde la ventana, Irethia no podía ver que estaban haciendo, pues los hombres de armas cerraron la puerta. El corazón de Irethia cabalgó aún más rápido. Abrió la ventana y miró hacia abajo. Estaba a una altura considerable, pero no sería tan descabellado lanzarse desde su posición. Su cabeza daba vueltas, las dudas la apuñalaban mientras trataba de decidir que debía hacer. ¿Debía arriesgarse a una caída dolorosa aunque no mortal? ¿Y si se lesionaba y no podía continuar su escapada? ¿Qué pasaría si la capturaban? Probablemente su padre le daría una paliza. Además, reforzarían la seguridad.

«No tendré nunca una oportunidad como esta”, se dijo. Ese pensamiento fue la chispa que desencadenó el incendio. Irethia se volvió en su habitación, fue al cajón de sus mantas y cogió una para resguardarse de la lluvia y ocultar su rostro. No la conocían en el reino. Solo unas pocas personas la reconocerían, y todas ellas vivían en el castillo, unos pisos por encima de ella. No obstante era diferente, y eso debía ser ocultado. Si veían qué era, llamaría la atención, y sabrían dónde estaba. Irethia volvió junto a la ventana, suspiró. Dirigió su mano al pomo redondo. La mano le temblaba. Lo que iba a hacer era muy arriesgado. Lo más arriesgado que había hecho en su vida. Pero algo en su interior la animaba. Algo le decía que no había nacido para vivir encerrada. Irethia se llenó de confianza y abrió la ventana. La lluvia paró. La chica abrió los ojos con desesperación.

«¡Los soldados!”—Pensó—, « ¡Pueden volver!». Con el miedo a perder la oportunidad, inclinó su cuerpo hacia delante, apoyó sus pies en el alféizar y se dejó caer.

La caída duró poco, pero el golpe fue más fuerte de lo que pensaba. Irethia quedó sin aire en el encharcado suelo. Comenzó a llorar y a tratar de llenar los pulmones de aire sin demasiado éxito. El dolor se extendió rápidamente por las costillas. Probablemente se hubiera roto alguna. El oxígeno volvió, y esta vez lo notaba distinto. El aire sentaba mejor que en su habitación, más puro y fresco. Irethia saboreó durante poco tiempo su libertad, se levantó apresuradamente y echó a correr poniéndose la manta por encima. Salió de los terrenos del castillo por la puerta que los guardias dejaron sin proteger y se ocultó en lo que quedaba del viejo establo abandonado. Cuando pasó un tiempo, observó que los jóvenes soldados salían del arsenal riendo y bromeando y señalaron al Norte: La estrella de Jane comenzaba a bañar el cielo con su luz rojiza, la noche terminaba y comenzaba el primer día de Irethia en libertad. Debía llegar a una de las

puertas exteriores, aunque para ello tendría que atravesar parte de la ciudad.

Llegó a una de las plazas de Rodrian. La gente salía de sus casas debido a la misericordia de la lluvia. Nunca había visto a tantas personas. Muchas iban en la misma dirección. Escuchó una voz detrás de ella:

—Vamos, Rolo. —Irethia se giró y vio a un hombre que posaba su mano en la cabeza de un niño. El niño tenía una manzana en la mano con una mordida pequeña. Miró a su padre y asintió sonriendo.

Irethia decidió seguirlos, ya que no sabía moverse por la ciudad. Había estudiado Geografía. Sabía que al Sur de la ciudad de Rodrian estaba el pueblo más cercano. Estaba un poco lejos, pero parecía que el niño y su padre no podrían permitirse transportarse en algún medio que no fuesen sus pies. Seguramente serían una familia campesina, que venía a la ciudad a tratar de buscar comprador para los pequeños excedentes que generaban en el mejor de los casos. Padre e hijo anduvieron en dirección a las puertas del Sur de la ciudad, la puerta de Idakar, sin percatarse de que una joven con una manta por capucha los seguía de cerca. Al llegar a la salida sureña, una gran congregación de personas abandonaba la ciudad aprovechando la clemencia del tiempo. Irethia se camufló entre la multitud, dando gracias a Iun de no ser la única que llevaba capucha pese a que había dejado de llover. El dolor en las costillas persistía, y al hacer algún movimiento brusco notaba una punzada. Pero pese a todo, estaba animada. Nerviosa pero animada.

Adelantó a Rolo y su padre, que ahora iba en el hombro de su fuerte progenitor riéndose a viva voz. Salió por la puerta, pasando totalmente desapercibida a los numerosos guardias, que estaban ocupados en que la gente que abandonara la ciudad lo hiciera sin ningún tipo de altercado. Y de repente, el murmullo de la gente llegó a sus oídos.

— ¡Cuidado!—gritó el padre de Rolo sujetando a su hijo mientras un caballo pasaba galopando a toda velocidad. El jinete llegó a los guardias de la puerta y señaló el portón que colgaba del muro. Inmediatamente los guardias comenzaron a empujar a las personas, evitando que abandonaran la ciudad. Algunos incluso obligaron a los que estaban fuera, pero a una distancia cercana a la puerta, a regresar dentro. Los que se resistían eran inmovilizados a base de golpes y arrastrados. Las personas, temerosas de la ira de los soldados, obedecieron, salvo algunas excepciones. Comenzaron a escucharse gritos. Los guardias intensificaron

la violencia al ver que la multitud se embravecía. Irethia no perdió el tiempo. Ante la evidencia de que habían descubierto su huida, puso pies en polvorosa y se alejó de la ciudad junto a un grupo de afortunados. Miró atrás una sola vez, y junto a la muchedumbre, vio una manzana con una pequeña mordida cubierta de polvo rodando por el suelo.

01: El Guardián

La ciudad había cerrado sus puertas sin dar explicaciones. Mercaderes que tenían tratos que cerrar, colapsaban las posadas cercanas, esperando a que la ciudad volviera abrir sus puertas. Rodes Girondel bebía en una taberna rural que servía de posada con pocas habitaciones, cerca de Rodrian. Era un hombre que iba a llegar a la cuarentena pronto. Fuerte pero delgado, con el pelo negro y largo, aunque comenzaban a asomar las primeras canas. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda y vestía con un jubón negro. Una espada colgaba por la parte siniestra de su cintura. La noche había caído hacía un rato, y la lluvia había vuelto a golpear el tejado. Los vasos de alcohol viajaban por todas las mesas que estaban ocupadas. La taberna se llamaba el Becerro de Bronce. Un nombre extraño, aunque sus clientes lo eran aún más. El dueño del lugar, Rutbel, era un hombre mayor, algo gordo para su estatura y con una calva incipiente. Era una persona alegre que caía en gracia a todos los clientes que entablaban conversación con él. Rodes llevaba una semana durmiendo en una de las pocas habitaciones que tenía el Becerro para los forasteros. Se apoyó en la barra de la taberna, ya que la mayoría de clientes estaban agrupados en mesas.

— ¡Señor Girondel! Veo que su copa se está deshidratando. ¿Qué le parece si se la vuelvo a llenar? —preguntó Rutbel arqueando las cejas y sonriendo.

—Me parece que va a llenar mi copa mientras continúa vaciándome los bolsillos. ¿Me equivoco? — respondió Rodes. El tabernero estalló en carcajadas mientras bajaba la jarra para recargar el vaso del forastero.

— ¡Viejo cascarrabias! ¡Lleva usted días viviendo a cuerpo de rey pagando como un mendigo!

—Es usted más viejo que yo, aunque la verdad es que no tan cascarrabias.

La puerta se abrió, y una figura con capucha entró con paso decidido. Estaba empapada. Parece que le había caído toda la tormenta encima. La chica dejaba huellas en la madera del suelo con cada paso. Huellas rojas.

—«Sangre». — pensó Rodes. La curtida capacidad de observación de Rodes, le hizo ver que era una mujer, y que se doblaba al andar ligeramente. —«Está herida».

Le pareció asustada, y sobre todo, fuera de contexto.

—Por favor, necesito subir a una de sus habitaciones— Suplicó la joven con voz temblorosa y jadeante. Tenía pinta de estar agotada, apunto de desvanecerse. Rodes creía que estaba huyendo. No, estaba seguro. La chica estaba huyendo.

—Lo siento mucho, señora. No tengo habitaciones libres. Con todo el alboroto del cierre de la ciudad… Puede quedarse si quiere en el salón a pasar la noche y refugiarse de la tormenta, muchos lo harán. No le cobraré, ya que no hay comodidades. —le ofreció Rutbel. — ¿Quiere algo para secarse? ¡Está usted empapa…! — la puerta volvió abrirse de golpe. Entraron dos soldados primero, seguidos de otros dos. Llevaban en el pecho la espada clavada en el suelo con un gran sol en el fondo. Eran hombres de Rodrian. No eran armaduras lo que llevaban. Al menos no de acero. Sus ropajes eran de cuero, ligero y resistente, apto para la lucha rápida. Debían ser exploradores. El horror se dibujó en el rostro de la recién llegada. Comenzó a balbucear mientras andaba hacia atrás, hasta que sus pies descalzos chocaron con una mesa que se encontraba cerca de Rodes. Se dejó caer un poco en la mesa mientras ponía las manos estiradas para ocultarse de los soldados.

—Sentimos la interrupción, buenas gentes. Venimos a por esta joven. Es una delincuente en busca por orden del rey Jurles de Rodrian. ¡Iunvre, Jurles!

— ¡Iunvre! —corearon algunos de los presentes.

El soldado que habló comenzó a avanzar, pisando las huellas ensangrentadas que la joven había dejado. Cuando estuvo a corta distancia, alargó una mano y agarro el brazo de la mujer.

— ¡No! ¡Por favor, no! —sollozaba ella mientras se agarraba a la mesa con la otra mano.

Rodes observó que la chica estaba aterrada. El tabernero, con rostro sombrío, negó con la cabeza, triste por la situación. El resto de personas actuaba de forma heterogénea: Algunos reían, disfrutando de la escena.

Otros, apretaban los dientes deseando intervenir ayudando a la joven. Pero el símbolo del rey de Rodrian lucía en el pecho de aquellos hombres. El rey Jurles. El poderoso rey Jurles. Iunvre, Jurles.

Rodes, en cambio dejó de observar la escena. Sentía demasiada impotencia, y siguió bebiendo de su vaso. Nadie intervendría en favor de la joven. La ley era la ley, y ningún ciudadano del reino estaba por encima. Ninguno de los ciudadanos corrientes, claro. Dentro del ejército y de la corte, había rumores de soldados y nobles que transgredían las leyes que creían injustas. Algo muy loable, sin ninguna duda. El problema es que luego participaban en la persecución de los que hacían lo mismo que ellos. Loables hipócritas.

El soldado se plantó frente a la fugitiva, estirando su figura, haciendo que su enorme porte intimidara aún más. «Esta es la ley de Rodrian», parecía que gritaba el lenguaje corporal del hombre.

— ¡Ven con nosotros, puta! No me obligues a llevarte inconsciente. — Dijo el guardián de la ley rodriana.

La chica se resistió, zafándose del brazo que la agarraba, haciendo que la mano del guardia se fuera violentamente hacia atrás y golpeara a Rodes cuando estaba a punto de llevarse el vaso a los labios. El vaso cayó, rodó, y derramó su contenido por toda la barra. El soldado gritó de furia y golpeo a la mujer en la cara con la mano abierta. Después, la agarró de la manta por la parte del cuello.

Un instante después, un destello cruzó la sala. Un chorro de sangre salió disparado del brazo del soldado. La carne cayó al suelo, mientras el dolorido hombre gritaba y se agarraba el muñón en el que antes estaba su extremidad. El ambiente cambió por completo. El silencio solo se rompía por los gritos del soldado. El resto, se congeló: los borrachos en la taberna enmudecieron, las prostitutas que estaban en la sala dejaron de coquetear. Rutbel abrió la boca todo lo que su rechoncha mandíbula le permitía y dejó caer una jarra llena hasta arriba del mejor vino de la taberna.

—Los que estáis cerca de la puerta. — dijo Rodes levantándose, y señalándolos con la espada, aún ensangrentada. — No hace falta que me recordéis quiénes sois. Rastreadores. Los mejores olfateando lo que vuestro amo os ordena encontrar, pero no sois guerreros. Esas espadas que lleváis al cinto son más un juguete que una herramienta en vuestras manos. Coged a vuestro herido y marchaos. Ya.

Los tres hombres restantes, en lugar de acobardarse, dieron un paso al frente. El primero de ellos avanzó mientras su mano se dirigía a la

empuñadura de su espada. Avanzar hacia el enemigo antes de tener tu arma lista era un error muy común en los soldados poco experimentados. Este en concreto no cometería más errores en el futuro. Cuando la hoja comenzó a salir, ya era demasiado tarde. Rodes dispuso su espada de forma paralela al suelo con una mano. Con la otra, golpeo con su palma abierta al pomo, haciendo que la punta se clavara en el pecho de un desprevenido soldado.

«¡Oh!» fue lo último que dijo el explorador.

Rodes se quedó inmóvil, con su espada clavada en el torso del enemigo, mirando desafiante a los otros dos exploradores mientras hundía cada vez más el acero en la carne de su oponente.

—Ahora tenéis un herido y un muerto. — tiró de su arma y el cuerpo del rastreador cayó con un golpe seco, inerte, carente de la intimidación que debería tener un hombre de Rodrian y sin el honor de haber caído defendiendo una causa.

Los soldados se miraron atónitos, sin saber bien que hacer. Rodes dio un paso hacia la salida y ambos salieron corriendo chocándose entre ellos al cruzar el arco de la puerta.

—Por la gloria de Iun y Iovek. Esos eran soldados rodrianos ¡Hombres del rey Jurles de Rodrian! —comentó uno de los hombres de la taberna. La chica no se había movido ni un solo centímetro durante la carnicería que acababa de ocurrir. Tenía la parte delantera de su ropa manchada de la sangre del soldado que la golpeó, que aún estaba sollozando en el suelo.

—Pagarás por esto, forastero. —prometió el malherido, arrastrando las palabras. — ¿Cómo te atreves a atacar a hombres que actúan en nombre de la ley de Rodrian?

El silenció inundaba la habitación. Rodes se acercó a él, lo cogió por el hombro y lo levantó.

—La ley me tiró la bebida. — respondió con la indiferencia remarcada en cada una de sus palabras. Sacó unas monedas doradas y las puso en la barra. —Esto es por las molestias, tabernero. Siento mucho este altercado.

—Esto…esto es… demasiado. — los ojos de Rutbel se abrieron como platos. Rodes se dio la vuelta y miró a la joven.

—Tú. Nos vamos. —dijo mientras le tendía la mano.

Ambos salieron de la taberna, y se dirigieron al poste de enfrente. Allí, había tres caballos. Dos de ellos eran marrones, y Rodes sospechaba que

eran del soldado herido que aún se lamentaba en la taberna y del que ya no podía lamentarse más. Sus otros compañeros estarían galopando a lomos de otros corceles similares. Caballos normales y ordinarios.

En Donovar, cuanto más claro fuese el color del caballo, mejor era este. Los estudiosos trataban de cruzar caballos blancos con grandes aptitudes para llevar a famosos jinetes y poderosos caballeros en la guerra. Los caballos más oscuros eran considerados vulgares, y solo servían en las familias más pobres. En el ejército nunca se había visto un caballo negro. Eso conllevaría al deshonor del que se atreviera a lucirlo. Como mucho, algunos corceles marrones en los estratos militares más bajos y ordinarios. El tercer caballo que bebía plácidamente del abrevadero, estaría en esta categoría de monturas sin valor. Era un caballo negro. A diferencia de sus dos compañeros de poste, no llevaba orejeras y tenía una manta por encima del cuerpo y la silla. Rodes le quitó la manta, que había multiplicado su peso debido a la cantidad de agua que había absorbido.

—No sé si habrá servido o no dejarle la manta, pero no había establo por aquí cerca. No para caballos de su color —comentó Rodes. —Esta es Noche.

El hombre subió y ayudó a la joven a subir tras él. Cuando ya estaban totalmente en vertical, Noche fue ganando velocidad poco a poco. Su nueva acompañante se agarró excesivamente fuerte a él.

— ¿Qué pasa? Parece que es la primera vez que montas. — protestó Rodes.

—Lo siento, señor. Pero es que es la primera vez que veo un caballo que no está dibujado — se disculpó la chica.

—No te preocupes. Noche es muy dócil. No hará por tirarte. Me llamo Rodes. ¿Cuál es tu nombre, niña?

— Irethia. Gracias por ayudarme. Señor…yo no he hecho nada malo. No he robado ni le he hecho daño a nadie.

—He visto demasiadas situaciones en las que la ley actúa, como para saber que puedes estar diciendo la verdad. Mañana salgo de este pueblo, ¿Dónde te diriges?

—No tengo a donde ir. No…no puedo volver a casa.

El silencio se abrió paso mientras la yegua cabalgaba con los dos jinetes. Irethia no sabía que pensar. Estaba confiando en un desconocido que le había tendido la mano, la había montado en su caballo y se la estaba llevando. ¿Estaba tan desesperada como para hacer esto?

«Si. Claro que estoy tan desesperada».

Tras un largo rato sintiendo los vaivenes del caballo, una sensación completamente nueva para Irethia, Rodes ordenó a Noche salirse del camino, y adentrarse en un paso alternativo que los metía de lleno en una agrupación de árboles poco extensa para ser considerada como bosque. Buscaron un sitio que resultara atractivo para detenerse, y lo encontraron en las raíces de dos árboles que compartían espacio, entrelazándose. Rodes descendió de un salto y dirigió a la montura a pie.

Noche se meció suavemente al sentir que la joven acariciaba su cabeza. Rodes observó la escena; Una joven, asomando tras una manta a modo de capucha, manchada de la sangre de un explorador rodriano, estaba montada en su yegua Noche. Los pies de la chica también estaban ensangrentados, llenos de cortes.

—Tienes los pies destrozados. Tengo ungüento para heridas en una de las alforjas.

—Gracias. De verdad, señor. Gracias.

Rodes buscó entre sus cosas un tarro marrón que contenía el medicamento.

—Lágrimas de Ulex. El mejor remedio para los cortes o las chicas que olvidan sus zapatos en casa. —destapó el tarro, arrastró su dedo por dentro en la pasta que nada tenía que ver con la densidad de una lágrima. El olor entró por sus fosas nasales. Un olor fuerte que reconocía de haberlo captado cada vez que había sufrido una herida. Un olor tan familiar como su olor corporal, o como el de un pequeño animal cocinándose en una hoguera en uno de sus muchos viajes. Trasladó la pasta hacia el pie de Irethia, que colgaba de un lado de Noche. Le agarró el tobillo y procedió a untar las lágrimas de Ulex. Las heridas eran superficiales, pero notaba como Irethia se movía un poco cuando su dedo tocaba alguna parte dañada. Intento ser lo más cuidadoso posible, y que la pasta cubriera todas las heridas del pie izquierdo.

—Bueno, ya está la mitad del trabajo. Vamos a terminarlo. — Rodes comenzó a girar sobre Noche. Cuando llegó al otro lado y agarró el otro

pie de Irethia para curarlo, miró a la joven y vio que las lágrimas surcaban sus mejillas. Lágrimas reales. Líquidas y silenciosas. Si el sol estuviese en el cielo, serían incluso brillantes. Rodes no entendía quién fue el que llamó a esa pasta de olor tan característico "lágrima".

— ¿Te duele? — preguntó Rodes sin saber bien que decir.

—Si —gimió Irethia. Entonces, la joven no pudo aguantar más, y rompió a llorar del todo, inclinándose sobre el cuello de Noche y temblando. Ya Rodes no olía nada. Dejó de escuchar el ruido de la distinta fauna que hay en el campo; pájaros, insectos y pequeños roedores no existían para su oído. Ni tampoco el viento que se hacía notar al mover las hojas de los árboles. Ahora, solo escuchaba llorar a la fugitiva, y sabía que sí, que le dolía. Pero que el dolor no se encontraba solo en el pie.

02. El Soldado

En la ciudad de Rodrian las órdenes iban y venían. Sielve Fregord era capitán de un destacamento. Era el más joven, con 25 años de edad. Era famoso por su disposición a cumplir las órdenes, y por su honor en el campo de batalla. El capitán rodriano era admirado por hombres y mujeres. Era el ideal de caballero en Rodrian: fuerte, alto, y peligrosamente atractivo. Damas y caballeros lo miraban con admiración, anhelo o envidia cuando montaba a su caballo blanco, con el escudo sobre un lado del costado, la lanza en el brazo y la espada al cinto. Su melena rubia, oscilaba al ritmo del trote de su corcel de guerra cuando había un desfile y había que impresionar al pueblo con el poderío militar del rey Jurles. ¡Iunvre, Jurles!

Hacía dos años que parte del ejército rodriano había participado en una guerra ayudando a un reino vasallo de Rodrian. Sielve había regresado como un héroe militar, laureado por su valentía y admirado por su honor.

Aquel día Sielve despertó en su casa, disfrutando del descanso que le tocaba esa semana. Su esposa, Selenne, aún dormía a su lado. Los rayos del sol entraban en su hogar como un cuchillo traspasa la carne. La tranquilidad fue quebrada por golpes.

¡Toc, toc!

De un puño contra la puerta.

¡Toc, toc, toc!

La paciencia se acababa para la persona que requería su atención.

Sielve cubrió su desnudez y fue a ver quien venía a molestarle. Abrió la puerta, confiado en que nadie le haría ningún mal a Sielve Fregord. Un soldado le esperaba con un trozo de papel enrollado.

— ¡Capitán Fregord! Le traigo un informe. Este mismo estará en los lugares más representativos de la ciudad. También hemos mandado oradores para recitarlo en algunos pueblos cercanos. Como podrá ver es algo bastante extraordinario. — le tendió un papel amarillento con una mano enguantada. Cuando lo estaba desenrollando, el soldado se fue a paso rápido, no sin antes saludar y gritar un Iunvre al Rey Jurles.

Sielve miró el escrito, con una letra formal e impecable, típica de los mejores calígrafos de la administración. Era un texto corto y directo.

Decía lo siguiente:

"*Hombres leales al Eterno Reino de Rodrian.*

En la lluviosa noche, al abrigo de la oscuridad, un espía del más vil de nuestros enemigos, fue visto paseando por nuestras calles, confiado de que el mal tiempo fuese suficiente para que las buenas gentes de nuestra Gran Ciudad, no atendiese sus obligaciones".

« ¿El más vil de nuestros enemigos? ¿Dentro de la ciudad?", pensó Sielve.

"Este espía podría haber tenido acceso a las instalaciones más importantes de la capital del Reino. También se piensa que tiene en su poder diversos documentos políticos y administrativos que de caer en las manos del más vil de nuestros enemigos, sería un desastre para toda Rodrian.

Para facilitar a los colaboradores y ejemplares ciudadanos de Rodrian, el detectar a este espía, especificamos que se trata de una mujer joven que apenas roza la veintena, con el pelo color fuego.

Se exige que la mujer enemiga de todos los Valores de Rodrian, sea entregada con vida a las autoridades, que velan de forma incansable por

la seguridad del pueblo.

Recuerden la procedencia de este peligroso sujeto, y que pese a las apariencias, extremen las precauciones, pues nuestro enemigo no es humano".

Jon Nolt, escriba oficial del Rey.

Cuando terminó la lectura, notó unas manos que le rodeaban el cuello, y unos labios que le besaban la mejilla.

—Al parecer anoche hubo un espía no humano rondando por las calles. Dicen que tiene información comprometida de la ciudad. —Informó Sielve a Selenne.

— ¡Eso es horrible! ¿Cómo ha entrado un no humano en la ciudad?

—Imagino que en la confusión de la tormenta. Algún novato de guardia habrá hecho algo que no debería. Lo verdaderamente grave es qué tipo de información ha recopilado.

—No puedo ni imaginarlos andando por las mismas calles que nosotros. ¿Es que no nos han hecho ya suficiente daño? ¿Qué más quieren de nosotros, Siel?

Sielve tomó la mano de su esposa y la besó.

—No pueden ganarnos en una guerra, tranquila. Ellos lo saben. Voy a los cuarteles a ver que más se comenta. También preguntaré si necesitan hombres extras, no me importa perder mi tiempo libre si con ello podemos atraparla antes. — Sielve se dirigía a su armario mientras hablaba, y cogió la ropa formal rodriana. Esta consistía en una camisa de manga larga y ancha, de color oscuro, algunas con distintos motivos decorativos. A Sielve le gustaban las rayadas, como la que escogió para ese día. El pantalón era largo y cómodo. El mejor complemento, era el cinto para la espada, pues un hombre de armas siempre llevaba su espada aunque no fuese con ropa de soldado.

— ¿Atraparla? ¡Es una mujer! —Selenne se llevó ambas manos a la boca, con gesto de sorpresa y estupefacción.

—Así es, una mujer pelofuego. Esto hará más fácil que sea avistada e

identificada.

—Por Iun, que así sea. —Selenne fue a una mesa del salón, y encendió una vela para Iun, y que así alumbrase el camino correcto para atrapar a la espía.

Más tarde, Sielve andaba en dirección a los cuarteles. Estaba algo lejos de su casa, por lo que normalmente iba en caballo. No obstante, estaba en sus días libres, y prefería que Tormenta descansara en el establo que poseía junto a su casa. Además, si iba a pie podría recrearse cuando todas las miradas del pueblo se dirigiesen hacia él, y los vítores, saludos, aplausos, y besos se dispararan en su dirección.

Sielve era un hombre presumido, lo reconocía. Tenía el pelo mejor cuidado que muchas mujeres, llevaba la armadura siempre brillante y sus ropajes impecables. Le gustaba hacerse notar y que su mera apariencia dijera por él que estaba en la cumbre de la sociedad. A pesar de eso, se consideraba buena persona. Quería a sus amigos y a su esposa, no albergaba envidias ni odio contra nadie. Bueno, salvo para "el más vil de los enemigos". Pero eso no contaba.

Cuando llevaba unos minutos andando, llegó al mercado. Rodrian era un importante lugar de comercio. Para realizar transacciones en el Gran Mercado, eran necesarios varios permisos y unas tasas impositivas, que aumentaban más conforme nos alejásemos geográficamente. Si querías vender tus mercancías en el Gran Mercado de Rodrian, te asegurarías de tener compradores, pues como capital, la Eterna Ciudad era un lugar de gran tránsito. Pero si querías tener la oportunidad, debías pagar a la corona el permiso para ello, y se te cobraría en función de tu lugar de procedencia.

Era un mecanismo ideado para beneficiar los productos de la zona y perjudicar los de productores y mercaderes extranjeros. Había algunos mercaderes que gozaban de familiares y amigos en la administración, y obtenían los permisos sin ni siquiera pagar. Otros sectores tenían privilegios otorgados por el Rey, como por ejemplo los herreros y los criadores de caballos. Era una forma de asegurarse de que Rodrian tendría las mejores herramientas bélicas, a cambio de bajos impuestos.

Tras negar con la cabeza a todos los mercaderes que le ofrecían sus productos, Sielve se encontró rodeando el Gran Rokerlen; un edificio redondo enorme, con capacidad para miles de personas. Es aquí donde los enemigos de la corona son arrojados a luchar entre ellos para el deleite de los verdaderos y leales ciudadanos. Algunos criminales que eran sentenciados a muerte, podían escoger el Rokerlen como forma de morir, ya que si lograbas derrotar a todos tus contrincantes, era una señal de

que Iun te había otorgado el perdón. ¿Y quiénes son los verdaderos y leales ciudadanos de Rodrian para contradecir los designios divinos?

Sielve solo había acudido tres veces al Gran Rokerlen, y las tres fueron por protocolo militar. En dos de las tres ocasiones, fueron para rendir homenaje a distintos soldados ante la atenta mirada del pueblo rodriano. La tercera vez, fue para castigar a un anterior teniente por colaboración con el enemigo. El condenado luchó con valentía, y logró derrotar a cuatro de los cinco rivales. Pero una vez que el cansancio y las heridas comenzaron a hacer mella, no fue rival para el quinto de los hombres que también luchaba por su libertad. No obstante, en los últimos años el entretenimiento en la arena del Rockerlen estaba cambiando. Ahora muchos mercenarios se ganaban el pan luchando contra otros guerreros, y las apuestas estaban a la orden del día. Los que sobrevivían gozaban de prestigio, fama y dinero.

Cuando dejó atrás la tumba en forma de cuenco, el joven capitán comenzó a ascender el camino que llevaba a los cuarteles, en lo alto de una de las tres colinas de Rodrian. Una vez allí, el ambiente rugía con murmullos, órdenes y gritos de los oficiales a los nuevos reclutas.

— ¡Eh! ¡Sielve! —gritó alguien, aunque pronunció su nombre como “Sielf”

—Hola, ¿Qué tal estás, Rom? —Sielve se giró y saludó al soldado. Era un hombre maduro, alto y muy corpulento. Sus mejores años para el combate habían pasado ya. Rom era famoso por su jovialidad y por estar siempre con una sonrisa en los labios, aunque ahora parecía un poco desbordado.

—Vaya caos se está formando. ¿Te han ordenado volver? —Rom hablaba mientras repasaba una lista. —No, no te han llamado. Pero lo harán, estás en la siguiente lista.

—Quería ver si podía ayudar en algo por aquí, pero veo que me he adelantado. Oye, Rom, ¿se sabe algo más del espía? — Rom dejó de leer la lista y levantó la cabeza con cara de incredulidad.

— ¿Aún no te has enterado? ¡No es una espía! La pelofuego… ¡Es una asesina! Dos soldados aparecieron muertos y ensangrentados, dentro de uno de los arsenales. Eran los nuevos chicos, estaban de guardia. Uno de los exploradores que se enviaron como primera batida no regresó, y el líder de la búsqueda volvió con una mano cercenada. Al parecer no actúa sola. Esa bruja…seguro que ha hechizado a alguna espada contratada. ¡Por Miserk!

Rom parecía realmente dolido por la situación a la que estaba siendo sometido todo el aparato de seguridad del reino. Desde que el antiguo soldado había cumplido los sesenta, su labor había sido más

administrativa y de organización que en su juventud. Sielve conocía a Rom desde que era niño, y sabía que era un hombre que se tomaba muy en serio su trabajo. Serían unos días difíciles para Rom.

—Si me incorporo mañana, creo que voy a volver a casa, Rom. —Sielve le daba palmadas en el hombro a su corpulento amigo. — ¿Puedes adelantarme algo más de forma extraoficial?

— ¿De forma extraoficial? — la pregunta de Rom hizo que se le frunciera el ceño. — Bueno…imagino que a los capitanes los dispersaran por todo el territorio. Yo que tu ensillaría y prepararía bien a esa mala bestia que tienes por caballo y me despediría de tu esposa.

Sielve sonrío y le dio las gracias. Rom se había portado como un padre para él desde que el anterior capitán Fregord murió.

Geralt Fregord, verdadero padre de Sielve, había luchado en las filas rodrianas. Era un gran luchador, pero no era buen soldado. Era indisciplinado, rebelde y en ocasiones, insubordinado. Todo un amalgama de virtudes que, en opinión de Rom, lo habían sentenciado a un rango inferior al que merecía. Hace casi quince años, el reino de Rodrian se impuso en una guerra al reino vecino de Yukan, anexionando sus territorios y repartiendo sus riquezas. Un Sielve de diez años esperaba en la entrada de la ciudad, cogido de la mano de su madre, a que el valeroso ejército regresara de la contienda. Según los oradores, la última de las batallas, llevada a cabo en el Valle de la Calma, había supuesto un mazazo letal en la cabeza del ejército yunkiano. Esta victoria suponía el fin de la guerra a favor de Rodrian. Las gentes de la capital esperaban ansiosos el regreso de sus padres, hermanos, esposos e hijos a sus hogares. Los trompetistas tomaron sus posiciones junto a las puertas para tocar la Melodía de la Victoria cuando los soldados estuviesen a punto de cruzar las puertas. En cinco años, Sielve solo había visto a su padre en dos ocasiones. La última vez fue hace tres años. La joven memoria de Sielve, le decía que su padre era un hombre alto y fuerte, con cabellos y barba dorados. Siempre iba con su amigo Romuald, un corpulento soldado que era amigo de la familia desde que tenía memoria. Sielve agarraba de la mano a su madre, apretando de vez en cuando sus pequeños dedos esperando a que su madre le devolviera el apretón. Era su particular juego que hacía casi desde que comenzó a andar ayudado por su madre.

Syli, de veintinueve años, tenía un aspecto radiante. La felicidad inundaba cada milímetro de su cara, pues por fin su marido regresaba a casa. La madre miró a su hijo con una sonrisa, cuando el bullicio de la gente siguió a una música de trompeta que indicaba que el victorioso ejército rodriano regresaba. Poco a poco, la muchedumbre comenzó a abrir un pasillo para que los soldados pudieran avanzar. Algunos tiraban flores y otros ramitas de plantas. Sielve se apartó al lado derecho del pasillo junto a su madre. Por suerte para él, estaban en las primeras filas

y podía ver al ejército marchar. Los primeros guerreros se dejaron ver, pero algo le decía a Sielve que no estaban disfrutando de la improvisada recepción que le estaban dando. Algunos iban con la mirada perdida, otros con los ojos clavados en el suelo. Un soldado lloraba sin consuelo al llegar a la ciudad y abrazarse a una pareja de ancianos. Muchas de las lanzas arrastraban por el suelo, en lugar de ser sostenidas con orgullo. Algunos de los que regresaban andaban de forma extraña y lastimera, cojeando o vendados. La Melodía de la Victoria paró: las puertas se estaban cerrando. La gente comenzó a murmurar, alarmada. Solo una pequeña fracción del ejército había regresado a la ciudad.

— Madre, ¿ves a padre? — Sielve no entendía por qué la gente parecía desconcertada. ¡Rodrian había ganado! ¡Su padre estaba a punto de besar y abrazar a su familia!

— No, Sielve. Aún no lo veo. — la voz de Syli tenía un tono de dolor y preocupación. Un soldado que oteaba entre la muchedumbre los divisó y se dirigió hacia ellos.

— Hola, Syl —. La voz de Rom sonó como si estuviese reprimiendo las lágrimas. — Lo siento. Lo siento mucho. No pude salvarlo. Yo…no pude.

El hombretón cayó de rodillas y comenzó a llorar, abrazando las piernas de su madre. Esta apretó la mano de su hijo, pero esta vez no era jugando. Esta vez era de impotencia. Syli tenía el rostro estupefacto, y lágrimas silenciosas caían por sus mejillas. Rom abrió un brazo y atrajo al pequeño Sielve hacia él.

—Tu padre era un gran hombre, Sielve —, “Sielf”. — Ahora está en el Palacio de Iun, comiendo un gran banquete. Muchos hombres están allí ahora. Demasiados.

Sielve volvió a la realidad. Recordaba ese día perfectamente, y aún le dolía. Se despidió de Rom y se dirigió rumbo a casa. Esa asesina había provocado dolor a varias familias ya. Varias personas esperaban a alguien que jamás regresaría. Algún niño habría sentido lo que sintió él esperando a que el ejército rodriano volviera con su padre. Por su honor de rodriano, no permitiría que la espía provocara más dolor.

03. EL VIAJE

Irethia y Rodes continuaban su marcha. Con los heridos pies de la joven ya atendidos, el veterano soldado aseguró que debían alejarse de estas tierras sin demora. La chica montaba a Noche, y el caminaba al lado. Nunca por caminos principales. Siempre bordeando vías alternativas y más peligrosas.

—Quiero hacerte una pregunta, y necesito la verdad. Si voy a ayudarte necesito saberlo todo. ¿Por qué te persiguen? — la voz del soldado sonó exigente. Aunque Irethia entendía que quisiera conocer su historia.

—Llevo toda mi vida encerrada. Mi padre no quería que vieran que soy.

— ¿Y qué eres?

Ante la pregunta de Rodes, la chica se quitó la manta, y dejó al descubierto su rostro. Rodes miraba hacia delante, pero al advertir el movimiento se giró.

—Por la Espada de Plata… —susurró Rodes. — Ahora lo veo. Pelo rojizo y esto.

Irethia asentía con tristeza. Sin la manta, la joven dejó al descubierto sus facciones finas, aunque no tan definidas como las de un dorliano.

— Eres mestiza, ¿verdad? No eres una dorliana auténtica —la joven asintió.

—Mi madre era dorliana. Mi padre… mi padre es el Rey Jurles —los ojos de Rodes se abrieron. — ¿No dices la bendición?

—No me gustan ni los reyes ni la religión, joven Irethia. Creo que podríamos vivir perfectamente sin ambas.

La joven parecía confusa. Era un hombre peculiar este Rodes. Había algo muy extraño en él. Ella también tenía sus dudas.

—Ahora déjame preguntarte algo, Rodes. ¿Por qué me ayudas? Has atacado a hombres armados de Rodrian. Ahora eres un fugitivo como yo.

—Sí, así es. Pero seguramente no me vean a mí como el autor de mis actos, sino como una herramienta. Se comentará que me controlas con tus poderes de darliana.

Era una creencia popular entre los humanos. Se decía que la raza de Irethia era capaz de hechizar las mentes de las personas. Los darlianos tenían fama de grandes personajes del subterfugio y el espionaje. Además de letales asesinos. Físicamente, eran como los humanos, pero más menudos y delgados. No poseían gran fuerza, pero si eran ágiles y

veloces.

—No tengo ningún poder especial, Rodes. Así que tendrás que decirme que me ayudas por otra razón.

Rodes pareció pensativo.

—No sé por qué te estoy ayudando. Solo puedo decirte que algo me está impulsando.

—Para no gustarte la religión estás experimentando algun similar a la fe.

—Instinto no es fe, niña. Una corazonada, no es fe.

—Ambas son irracionales.

—Y un caballo y un perro son animales, pero no son el mismo animal. Vamos a lo importante; ahora ya entiendo por qué hay tanto alboroto por tu huida. Tu padre piensa que eres la pieza que puede hacer tambalearse toda su política exterior ¿Sabes la razón?

Irethia asintió y sonrió.

—Mi única distracción encerrada han sido los libros. He estudiado mucho, sobre todo la Historia de Todos los Tiempos.

—Siento desilusionarte, chica. Pero no has estudiado Historia. Has estudiado la Historia de Todos los Tiempos que Rodrian Permite que Leas —Rodes sonrió ante su propia ocurrencia.

—El caso es, iuvi Rodes, que leí que los grandes éxitos del sur del continente frente al resto, fue la eliminación de los mestizos de sus ciudades. Que siglos más tarde, Rodrian impulsada por mi abuelo paterno, el Rey Rugor, abrazó esta idea y llevó la guerra según sus intereses, usando este pretexto para crear alianzas con naciones que pensaban igual.

—Así es, joven. Y su hijo, Jurles, utilizó esas alianzas para que Rodrian se convirtiera en el coloso que es hoy. Si se descubre que su hija es mestiza, sería una enorme contradicción para su gobierno. La fortaleza de la unión de Rodrian con otras potencias es su debilidad ahora. Los reyes rodrianos han creado monarcas títeres, y algunos son más extremistas que sus creadores.

— ¿Crees que pueden retirarle el apoyo político y militar?

—No, creo que puede suscitar dudas. No se puede demostrar que eres su hija. Pero será utilizado como argumento político. A veces un golpe no

rompe la armadura, pero la debilita para futuros ataques.

—Puedo describir perfectamente como es la parte del palacio en la que estaba confinada.

—Sí, ¿y ante quien la describirás? El Rey es juez también. Y si vas reino por reino diciéndolo, esos reyes no pueden entrar en palacio a comprobar si lo que dices es cierto. Seamos realistas. Eres un hilo que se desprende en un enorme telar que lleva años tejiéndose. Y los hilos son fáciles de cortar.

Irethia se sentía decepcionada. Necesitaba un propósito. No sabía qué hacer en el mundo exterior. En el mundo real.

—No sé qué hacer, Rodes. No sé adónde ir.

Rodes permaneció en silencio, con el ceño fruncido.

—Puedo llevarte al Bosque de Aromer. Dentro está la ciudad de Orothin. Los dorlianos pueden acoger a uno de los suyos, y más si está huyendo de los humanos.

Irethia hizo memoria, pero no pudo recordar los lugares que decía Rodes. En ninguna de sus lecturas había descubierto ese bosque o esa ciudad. Rodes giró su cabeza para poder mirar a la joven, pues estaba elevada a lomos de Noche.

—Para ti es el Bosque de las Profundidades. Bonita forma de llamar a lo desconocido, profundo —dijo Rodes.

Irethia recordó que en uno de los pasajes sobre los dorlianos que había leído, decía que estos vivían en el bosque de forma salvaje. El crimen era lo normal para ellos, pues Iun había apartado su mirada protectora de los dorlianos hacía ya tiempo.

— ¿No creerías de verdad que viven en las copas de los árboles, verdad? —el hombre sonreía mientras continuaba su charla. —No, no viven entre la maleza y los arbustos. Viven en la ciudad de Orothin. Probablemente la ciudad más antigua que existe sobre Artho. Cuando los dorlianos perdieron su poder…

Rodes se interrumpió inmediatamente, haciendo que Noche se detuviera y llevándose un dedo a los labios.

— ¿Qué ocurre, Rodes? —susurró Irethia. Rodes la miró con cara de pocos amigos.

—Nos han encontrado.

—Yo no escucho nada.

Pero un instante después, la joven supo que su acompañante tenía razón. Algo silbaba, acercándose a gran velocidad hacia ellos. Una flecha llegó zumbando y se clavó en un tronco cercano al hombro de Rodes.

El veterano guerrero dirigió a Noche a la espesura, dando grandes zancadas. La bestia protestaba por tener que traspasar matorrales que raspaban sus patas, pero obedeció. Irethia, instintivamente, echó su cuerpo contra el de Noche, tratando de ocupar el menor espacio posible.

—Estúpidos rastreadores. Hacen más ruido que un vulrok en época de celo —dijo apretando los dientes Rodes. — Escúchame, niña. Desmonta del caballo y escóndete aquí. Voy a dejar a Noche en algún lugar atada y voy a tratar de eliminarlos uno a uno, hasta que pueda derrotarlos en combate abierto. No creo que pueda con más de tres hombres a la vez si están bien entrenados.

Irethia parecía estupefacta. Le aterraba la idea de quedarse sola y escondida. ¿Y si Rodes caía en su intento? ¿Y si se arrepentía de ayudarla y decidía que su vida era más importante ahora que conocía los detalles de su huida?

—No pongas esa cara. No hay otra alternativa posible ahora mismo— decía Rodes mientras recogía piedras del suelo y las guardaba entre sus ropas.

Se agachó recogiendo la que estimaba que sería la última —Metete entre el tronco de esos dos árboles, el grande y el que está torcido. No tardaré.

Dicho esto, Rodes salió medio agachado, con una sorprendente agilidad. Irethia obedeció mientras el corazón galopaba tan deprisa como el más rápido de los corceles de carreras. Pasado unos minutos, sacó la cabeza y miró hacia atrás, y a lo lejos, vio a Noche atada a un árbol totalmente quieta. La yegua estaba totalmente en calma. Irethia trató de imitar al animal y cerró los ojos. En la oscuridad de su realidad, comenzó a cantar mentalmente una canción que era famosa en Rodrian, para lograr calmarse un poco y obtener algo de valor:

“En las noches frías y de oscuridad.

Si el hombre no olvida, jamás temerá.

Y el sol cuando salga iluminará.

Las almas tranquilas que no morirán.

Cuando amanece las sombras se van.

Bajo las montañas encuentran piedad.

Acero y fuego siempre brillarán.

Si el bravo guerrero renace al final.”

La joven abrió los ojos, más tranquila. Pensó en Rodes, y en cómo alguien podía haber escuchado soldados desde tan lejos. Volvió a asomarse girando su cuello. Noche seguía allí. “Por favor, Rodes —pensó, — regresa pronto”. Pero Rodes tardaría en regresar junto a la aún aterrada mestiza.

Cerca, en otra parte del espeso bosque. Rodes jadeaba escondido, tratando de que su acelerada respiración no lo delatara. Rodrian había mandado diez hombres. Cuatro jamás regresarían. El error de la partida de búsqueda fue separarse. Rodes podía escuchar donde estaban, oyendo el crujido que hacían con cada pisada, o como cada rama de matorral se quebraba al paso de los soldados rodrianos. Tenía unos sentidos muy desarrollados. Había ido peinando la zona del bosque más lejana a Irethia, pues era inevitable que los soldados acabaran llegando a donde se encontraba la joven, ya que era la parte del bosque más fácil para moverse. Tenía que lograr que llegaran los menos hombres posibles hasta allí. En una zona más abierta, el combate contra varios contrincantes sería más difícil. Necesitaba ir eliminando rivales poco a poco. Comenzó a acercarse a la zona de donde partió. Esta vez de forma más pausada y cautelosa. A los pocos minutos, pudo ver a una yegua negra atada a un árbol. Sabía que Irethia estaba algo más adelante. Entonces escuchó el grito de la joven. “Demasiado tarde” —pensó echando a correr. Por el momento ignoró sus propios pensamientos y continuó su carrera maldiciendo que los soldados escogieran el otro camino. “Tengo buen oído, pero no veo el futuro, maldición”, pensaba cuando llegó a la zona en la que Irethia gritaba. La escena que tenía ante sus ojos era la que esperaba encontrar: Una joven pelofuego se aferraba a un tronco

mientras trataba de zafarse de los fuertes brazos de soldados rodrianos, protegidos con armadura ligera y armados con espadas, que como Rodes pudo observar aliviado, estaban en su vaina. Irethia no pudo resistir más, y acabaron reduciéndola. Le ataron las manos en la espalda y la empujaron en fila, custodiada por los soldados que quedaban.

Rodes se dispuso a avanzar cuando notó una ligera perturbación en el aire. Y escuchó que algo se movía en dirección al árbol donde Irethia se escondía. Una mujer. La mujer más hermosa que Rodes había visto. Estaba vestida con una fina tela que transparentaba todo su cuerpo. Andaba descalza, grácilmente mientras tatareaba suavemente una melodía. Entonces, Rodes recordó las palabras de Irethia: "¿No sabes dónde estamos? ¡Estamos en el bosque de la Bruja!" Se maldijo así mismo y avanzó para colocarse en la espalda de la mujer que seguía tatareando.

Irethia estaba resignada. Rodes había fracasado. ¿Estaría bien? ¿Se habría ido como se temía en un principio?

— ¡Voy a levantarte las uñas una a una, maldita pelofuego! —le gritó un soldado mientras se señalaba unos arañazos que aún sangraban en su mejilla.

Entonces, una melodía llegó a sus oídos. Una melodía horrible. Llena de odio, frustración y ganas de venganza. Se le encogió el corazón de inmediato. Buscó con la mirada de donde venía esa melodía y vio como una mujer joven venía descalza, con los brazos abiertos y una ligera túnica transparente.

—Fornidos soldados. Dejad que alivie la carga de vuestras armas. —dijo con una voz melódica la mujer, mientras sonreía. Los soldados se miraron. Y se acercaron a la mujer, mientras esta seguía tarareando. El que se encargaba de Irethia la abandonó y se unió a sus compañeros. Todos observaban a la mujer con los ojos vacíos, como hechizados. Entonces, ella sujetó la cabeza de uno de ellos y lo besó en los labios. El hombre no cabía en sí de felicidad.

Pero, poco a poco, fue marchitándose hasta convertirse en un anciano. De repente, cayó de rodillas, inerte, y terminó totalmente tumbado en el suelo. La mujer repitió el proceso con todos ellos mientras seguía cantando. El resto de soldados, pese a ser testigos del horroroso destino que las esperaba a aquellos que besaran a la mujer, esperaban su turno, ansiosos. La canción no afectaba a Irethia, supuso que sería porque era una mujer.

Cuando la bruja daba cuenta de su último plato, un hombre, con la mirada ausente salió de entre los arbustos, andando sin expresión hasta donde se

encontraba la succiona vidas.

— ¡No! ¡Rodes, es un hechizo! — Irethia vio estupefacta como la canción también afectaba a su compañero.

La bruja dejó caer al hombre que acababa de besar. Y con una sonrisa en los labios andaba hacia Rodes, mientras se dirigió a Irethia.

—No puede escucharte, ¿sabes? Ahora mismo puedo hacer con él lo que quiera. —la mujer puso sus manos en los hombros de Rodes, que sonreía todo lo que podía. —Venga, mi buen amigo. ¿Tú también quieres?

La bruja se giró con un gesto de victoria hacia Irethia. Aunque su gesto no duró demasiado, ya que fue sustituido por una cara de terror y un semblante totalmente desencajado. Volvió a mirar a su presa, y llevó su mirada hacia abajo para comprobar como Rodes le había clavado su cuchillo en el estómago.

—No. No quiero—decía Rodes con su indiferente expresión de nuevo. Entonces, giró el cuchillo y lo movió, hasta que un grito agudo y frío azotó todo el bosque. La piel de la mujer se volvió azul y comenzó a evaporarse. Una vez que la mujer desapareció, dejando atrás solo su túnica, Rodes guardó el cuchillo.

—No es una bruja. Es una nahana. Un espíritu femenino que fue tan dolorosamente dañado por un hombre que permaneció tras su muerte aquí, buscando venganza.

Irethia lo miró, y la duda se dibujó en su rostro.

—Rodes. ¿Por qué no te afectó a ti? —el hombre la miró con una mirada más profunda que un abismo y sus palabras sonaron totalmente sinceras.

—No lo sé, Irethia. ¿Confías en mí?

La joven avanzó hacia él, y señaló a una dirección.

—Noche sigue allí esperándonos. ¿Dónde podemos ir?

Rodes la miró y sonrió

— ¿No está claro? A la ciudad de Orothin. Prepárate para el viaje más largo que puede hacerse a pie.

Rodes no lo dijo, pero en el fondo, sabía que además de ser el más largo, sería el más difícil y peligroso de todos.

04. EL CAZADOR.

El Becerro de Bronce trataba de recuperar la normalidad que lo caracterizaba; borrachos, putas y un ambiente alegre, propiciado siempre por la risa de su dueño, Rutbel. Dos días habían pasado desde el altercado que dejara atrás el hombre llamado Rodes. Se encontraban en la segunda noche de esos días. Rutbel miraba el suelo de la taberna, desde detrás de su barra.

"Al menos las manchas de sangre apenas se ven", pensaba con el ánimo por los suelos.

Los clientes parecían haber olvidado todo lo que había sucedido. Seguían inmersos en la juerga, con jarras en las manos y mujeres en el regazo. El segundo piso, también estaba abarrotado, con todas las habitaciones ocupadas.

Rutbel escuchó la puerta de la taberna abrirse, y un hombre vestido de negro entró en el lugar.

Con el paso tranquilo, fue avanzando con calma, hasta llegar a la barra y apoyar su brazo en ella. Tenía el pelo por los hombros, blanco y ondulado. Debía tener una edad similar a Rutbel. Llevaba a la espalda una empuñadura que delataba el tamaño que tendría la espada que portaría. Cuando habló, su voz sonó grave y con confianza.

—Busco a un hombre joven. De mi estatura. Armado, seguramente vista de forma similar a mí.

—Buenas noches, viajero. Sea bienvenido a mi humilde taberna, el Becerro de Bronce. Pasan muchos con esa descripción. ¿Podría ser un poco más específico?

Rutbel sonreía a pesar de no tener demasiadas ganas para hacerlo. No quería espantar a un posible cliente, aunque solo se tomara algo antes de seguir su búsqueda. El hombre de rostro impenetrable se acercó más a Rutbel, y con un susurro helado pero potente, prosiguió.

—Escúcheme, ese hombre es peligroso. Si ha pasado por aquí un hombre de esa descripción, ha ganado todos los pulsos de las mesas, ha ganado todas las pruebas de puntería a las que jueguen aquí, o ha bebido sin mostrar síntomas de embriaguez, ese es mi hombre.

La cara del forastero estaba seria. Rutbel trató de complacerlo.

—Discúlpeme, señor. Pero los juegos de taberna no son centro de mi atención, y si se queda un rato verá que hay algunos sujetos que beben tanto que empiezan a retardar cada vez más los efectos del vino. Siento no poder ayudarle más, de verdad. ¿Quiere que le sirva algo antes de irse? —el tabernero mostró la mejor de sus sonrisas.

El hombre mostró su enfado en el rostro y se comenzó a alejar de la barra. Cuando se movió para irse, con un gesto seco, se detuvo.

—Sangre — dijo señalando al suelo. —Eso es mucha sangre para una pelea de bar.

Rutbel frunció el ceño. Pese a que la mancha era casi invisible sino sabías lo que había ocurrido, un desconocido la había visto. Tenía que limpiarla más a fondo si no quería que relacionaran su taberna con eventos como aquel.

—Lamento admitir que hace dos días hubo un cruce de espadas. —dijo Rutbel apesadumbrado. — Cuatro honorables soldados del rey fueron derrotados cuando perseguían a una chica.

— ¿Quién los venció? ¿Fue la chica? — preguntó el extraño desconfiado.

— ¡No! Oh, Iunvre, no —respondió Rutbel sonriendo, recordando a Rodes. —Fue un hombre que parecía ser una espada contratada. Tendrían que haber visto vuestros ojos como se movía.

El forastero volvió a acercarse a la barra bruscamente.

— ¿Un hombre ha dicho? —preguntó rápidamente. — ¿Tenía ese hombre una cicatriz en la mejilla?

—Pues sí, si la tenía. Pero, no es su hombre, ¿no? El bueno de Rodes debe haber superado ya los cuarenta.

—Rodes. —dijo en voz alta el extraño hombre Sonrío mientras negaba con la cabeza. —Un hombre de unos cuarenta…así que eso has hecho — comenzó a reírse de forma suave. —Dígame, tabernero, ese hombre se marchó con la joven, ¿verdad? ¿Sabría decirme hacia dónde?

Rutbel negó con la cabeza con sinceridad.

—Lo siento, pero solo sé que ambos salieron juntos. El señor Rodes defendió a la joven, pagó lo que debía y más a la taberna, y se marchó por esa puerta. No puedo serle más de ayuda. ¿Quiere que le sirva algo, entonces?

El hombre seguía sonriendo y negando con la cabeza.

—Ya me ha servido mejor de lo que cree, amigo. Que tengan buena noche. —dijo mientras sus tranquilos pasos le llevaban hasta la salida.